

900 D199
L. 3
24



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

CAPILLA ALFONSO XIII
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CUATRO PALABRAS DEL TRADUCTOR

La obra LA CIVILIZACIÓN DE LOS ARABES, que señalamos a los editores de esta biblioteca, y que ellos nos pidieron les tradujésemos, es relativamente un excelente libro de propagación y popularización, á causa de que, aunque la mayor parte de lo que dice no sea nuevo para los arabizantes, lo es para los literatos é historiadores que no lo son, lo es para el público en general, y lo es para Europa y América, donde ordinariamente circulan los absurdos más monstruosos respecto de la historia de los Arabes. En efecto, el autor ha recogido todo lo interesante y capital que se había desparado en docenas de obras especiales de los mismos Arabes, ó de autores que escribieron sobre ellos; completó estos datos viajando cierto tiempo por algunos países de Oriente para empaparse mejor del asunto; y después, fundiéndolo todo en el crisol de su inteligencia, concibió y dió á luz una obra de conjunto, que da idea exacta de la civilización árabe y de la trascendencia que tuvo en Europa, y en otros puntos del mundo.

Los Arabes fueron una raza inteligentísima, de aptitudes variadas, por no decir universales, como merece; y valiente, á la vez que amiga de todo progreso; la cual, impulsada por la mejor religión positiva que había existido, no sólo conquistó un gran número de pueblos, sino que hasta supo reconstituirlos de nuevo, borrando preocupaciones gravísimas de orden social, y fundando y estableciendo otra civilización, de la cual dimana gran parte de la nuestra, y que fué tan sólida en lo moral y lo intelectual, que sólo cabe compararla con la griega antigua; pues lo que ha dado en llamarse cultura romana, no fué otra cosa que un reflejo de aquella; brillante en unas cosas, y apagado en otras. Tres pueblos antiguos tuvieron una civilización verdaderamente original, que trascendió á la humanidad, y de la cual todos procedemos. Egipto, Grecia y los Arabes; sin que ninguno de ellos, ni en lo relativo á la época, ni en lo absoluto de las instituciones, sea inferior al otro: todos son iguales, todos son grandes, todos son inmortales en la historia y ante la posteridad.

El estudio de la civilización árabe tiene para España un interés particular, dimanado de nuestra misma historia; pero aunque nadie modernamente ya lo niegue, quizá todavía nadie ha comprendido hasta qué extremo llega. Los Anales españoles no se escriben bien; no se escriben con la proporción que deben escribirse, lo cual depende sin duda de que todavía no se ha comprendido que es imposible componer una buena historia de España, sin ser el autor arabizante eruditísimo; ó siquiera teniendo por colaboradores á hombres doctos en el conocimiento de los Arabes y de sus libros. Un corto número de musulmanes, casi todo compuesto de Berberiscos, se apodera de España, después de una sola batalla; la ocupa, la organiza, y se adelanta hasta lo que después se llamó Provenza, donde formó una marca, ó sea una avanzada para cubrirse contra los Francos.

¿Qué había sido de los Godos? Algunos habían quedado en el país conquistado, aceptando el yugo de los invasores; y la mayor parte se habían replegado en la Provenza, dominada por compatriotas suyos. En cuanto á los Españoles, ó sea á los habitantes naturales de España, permanecieron muy tranquilos en sus ciudades, villas y aldeas, donde los mahometanos les trataron, en todos conceptos, mejor que los Romanos y que los Godos.

Pero la línea que forma España desde el cabo de Creus hasta el de Finisterre no había sido nunca positivamente dominada por Cartagineses, Romanos, ni Godos; y los Arabes tuvieron también la pretensión de sujetarla, buscando á los montañeses bárbaros é indómitos, que la ocupaban; y guerreando con ellos sistemática y anualmente, como lo ordenaba el Corán. Así comenzaron á adquirir aquellos montañeses una personalidad política que no tuvieran en los siglos anteriores. Mientras los gobernadores árabes de los Pirineos se entretenían de este modo, llegaban á España árabes distinguidos en comercio, industria, ciencia y letras; y aprovechando las huellas que habían quedado aquí de todo esto, al decaer la época romana, daban á los naturales del país un impulso vigoroso, que los entregaba á la vida intelectual, industrial y comercial. La superioridad de aquella clase dirigente, el prestigio político que le daba la gobernación del país, la aristocracia militar que capitaneaba, la inmigración de Berberiscos que traía de Africa, y los continuos parentescos que todos contraían con las familias Españolas, casándose cada uno con varias mujeres de esta tierra; eso unido á las pocas raíces que todavía echara en los Españoles el cristianismo de aquellas épocas, que era muy diferente del de las nuestras, fué causa de que los Españoles abrazaran lentamente el mahometismo, quedando reducidos al cabo de algunos siglos los cristianos á un corto número de familias, que casi llegaron á desaparecer.

Por consiguiente los individuos de la raza árabe que aquí se habían establecido, quedaron absorbidos por la población indígena; y los mismos Berberiscos, á pesar de ser más numerosos, desaparecieron también, tragados por las oleadas de la población española. Inteligentísima se había mostrado ésta durante la época romana; y no lo fué menos durante la época mahometana; pues impulsada por los maestros que le aportó el Oriente, no sólo se apropió todas las conquistas de la nueva civilización asiático-egipcia, sino que las fecundó más, llevando la arquitectura, la pintura decorativa, la prosa, el verso, la música y las ciencias positivas y morales á un grado de perfección ó de adelanto, que no sólo hicieron de España el país europeo más civilizado, sino un país dotado de verdadera civilización, y quizá más adelantado que los asiáticos más cultos, aunque éstos lo fuesen mucho. Así, pues, en toda historia de España los Arabes deben ocupar el primer sitio desde que aparecen, hasta que pierden su último reino; y

en dicho lugar no deben ceder un sitio igual sino á la Corona Aragonesa, cuando ésta, poniéndose frente al Papado, conquista á Sicilia, y entra como potencia de primer orden en el movimiento de la política europea, que sostenían las naciones más poderosas de la cristiandad.

Mientras los Españoles se iban mahometizando y civilizando prodigiosamente, Carlomagno y sus hijos echaban á los Arabes de la Provenza, entraban en Cataluña con los restos de los Godos, y formaban una Marca hispánica, destinada á proteger á los Francos contra los Arabes, dándole por capital Barcelona. La base de la población de este nuevo estado fueron los mismos Españoles que en ella residían, los cuales ó no se habían convertido aún al mahometismo, ó constaban de indígenas de ambas religiones, y de mahometanos extranjeros, ya establecidos en aquellas tierras. Lo probable es esto último. Con la aparición de aquel núcleo militar de cristianos, los montañeses de Asturias, Galicia, Navarra y Aragón adelantaron también hacia la España mahometana, comenzando los caudillos á formar estados más importantes, que después fueron reinos, compuestos también de Españoles de una y otra religión. Pero á medida que se formaban estos grupos mezclados, lo más inteligente de los mahometanos conquistados se retiraba hacia el país de su misma religión, desesperado de no hallar en los conquistadores la despreocupación é inteligencia necesarias para estimar y utilizar sus conocimientos. Así, pues, en los nuevos estados sucedía la barbarie á la civilización más brillante.

Pero aquella barbarie tenía una novedad que más adelante debía ser un factor importante de nuestra historia nacional; pues como aquellos estados constaban de cierto número de hombres acomodados y recelosos que desconfiaban de sus jefes, comenzaron á reclamar derechos, y á sostener la aplicación de los que poseían; y como estos derechos eran una confusa mezcla de privilegios civiles, judiciales, municipales y políticos, formóse así el espíritu fuerista, es decir, antiabsolutista y liberal, que prevaleció en España durante la mayor parte de la Edad media. Así, pues, había entre los Estados mahometanos de la península y los cristianos un contraste asombroso y original. En aquéllos la civilización más brillante que jamás se viera en el mundo, acompañada del absolutismo político y teocrático más despóticos; y en éstos la barbarie, acompañada de la libertad más acérrima. En cuanto á la religión, influía tan poco en las relaciones de ambas partes, que no era raro

alistarse los caudillos cristianos en las filas musulmanas, ni los musulmanes en las cristianas; y las luchas de Estado á Estado tenían por objeto satisfacer la ambición, más bien que la fe; y sólo por parte de los mahometanos había á veces invasiones de verdadero carácter religioso, porque así lo ordenaba el Corán.

Sin embargo, los gérmenes de civilización que los mahometanos habían dejado en las tierras cristianas que perdieron, daban lugar á que hubiese una especie de sombra de cultura literaria, científica y artística; y como en Provenza aquellos gérmenes habían encendido la hoguera de una verdadera civilización cristiana, entraban en España por Cataluña reflejos de ésta; al mismo tiempo que venían otros, mucho más importantes, de la de los centros peninsulares de los mahometanos, lo cual impulsaba la cultura de los nuevos Estados. Pero cuando los franceses destruyeron la Provenza en la guerra de los Albigenses, el país quedó sumido en la barbarie, y la España cristiana se resintió del suceso, por falta de esta corriente de civilización. Renovóse después, cuando los catalano-aragoneses se apoderaron de Sicilia, civilizada siglos atrás por los Arabes, y entonces volvió España á tener dos corrientes intelectuales: la que salía de los españoles mahometanos, y la que traían de Sicilia y de la península itálica los catalano-aragoneses. Así llegamos al Renacimiento, donde las dos corrientes se refundieron, originando con la caída de Granada y el advenimiento de Carlos V, la civilización española de los siglos XVI y XVII, la cual fué, por decirlo así, greco, árabe, católica y cabaleresca, á causa de predominar en ella cualidades, preocupaciones y defectos, naturales á cada uno de estos elementos.

Esta sencilla reseña habrá demostrado á nuestros lectores toda la importancia que para nosotros tiene un libro del carácter popularizador de éste. Pero al mismo tiempo debemos hacerles presente que hemos debido acribillar de notas de fondo ciertas partes, donde el autor estaba deplorable en todos conceptos. En cuanto á la traducción, sin faltar á las ideas del original, hemos procurado dar alguna sencillez á las locuciones, demasiado é inútilmente complicadas del libro francés: y españolizar el dictado, aunque esto no suele hacerse, por las dificultades que tiene; y creemos haberlo alcanzado tal cual, pues ocasiones ha habido en que de cinco períodos del autor hemos hecho uno sólo.—L. C.

INTRODUCCION

I

Los lectores de nuestras obras anteriores conocen ya el génesis de este nuevo libro, pues saben que después de estudiar al hombre y las sociedades, debíamos ocuparnos de la historia de las civilizaciones.

Nuestro último trabajo (1) tenía por objeto describir las formas sucesivas de la evolución física é intelectual del hombre, y los diversos elementos de que las sociedades se componen.

Retrocediendo á los más lejanos períodos de nuestro pasado, hemos explicado cómo se formaron las primeras aglomeraciones humanas; cómo nacieron la familia y las sociedades, la industria y las artes, las instituciones y las creencias; y de qué manera se transformaron estos elementos de edad en edad, y cuáles fueron los factores de estas transformaciones.

Después de estudiar al hombre aislado y la evolución de las sociedades, nos falta completar nuestro plan, aplicando al estudio de las grandes civilizaciones los métodos que hemos expuesto.

Vasta es la empresa: grandes sus dificultades; y no sabiendo hasta qué punto lograremos llegar, nos hemos propuesto que cada uno de los tomos de que constará esta empresa sea completo é independiente. Si llegamos á terminar los ocho ó diez que pensamos escribir, nada será más sencillo que clasificar en seguida en un orden metódico la historia de las diferentes civilizaciones á las cuales habremos destinado cada tomo.

Hemos empezado por los Arabes en razón á que su civilización es una de aquellas que nuestros viajes nos han dado mejor á conocer; una de aquellas cuyo ciclo es más completo, y en la que se manifiesta con mayor claridad la influencia de los factores, cuya acción hemos procurado discernir; en fin, una de aquellas cuya historia es á un tiempo la más interesante y la menos conocida.

Reina la civilización árabe desde há doce siglos en la inmensa región que se extiende desde las orillas del Atlántico hasta el mar de las Indias, desde las playas del Mediterráneo hasta los arenales del interior de Africa; y las poblaciones que habitan estas comarcas siguen la misma religión, hablan la misma lengua, poseen

las mismas instituciones y artes, y formaron antiguamente parte del mismo imperio.

Encerrar en un conjunto las principales manifestaciones que esta civilización tuvo en los pueblos donde dominó, reproducir todas las maravillas que dejó en España, Africa, Egipto y Siria, Persia é India, trabajo es que todavía no se intentara. Las mismas artes, con ser el elemento más conocido de la civilización árabe, no habían sido aún sometidas á un cuadro de conjunto; pues los pocos autores que han emprendido la descripción de ellas reconocen á porfía que no existe nada de aquel cuadro, y que la falta de documentos les impedía probar de llevarlo á cabo. Sin duda resultaba evidente que la identidad de creencias había establecido un gran parentesco entre las manifestaciones artísticas de cada país sometido á la ley del Islam; pero no resultaba menos evidente que la variedad de razas y de comarcas había producido profundas divergencias. ¿En qué consistían esas analogías, y esas divergencias? El lector que se digne enterarse de los capítulos de esta obra dedicados á la arquitectura y á las artes verá cuán muda se mostraba la ciencia actual con respecto á estos puntos.

A medida que se adelanta en el estudio de esta civilización, se descubren nuevos datos y horizontes más extensos; quedando luego probado que la Edad media no conoció á la antigüedad clásica sino por conducto de los Arabes; que durante 500 años las universidades de Occidente se alimentaron exclusivamente de sus libros, y que los Arabes son los que han civilizado á Europa en el triple concepto intelectual, moral y material. El que estudia sus trabajos científicos y descubrimientos ve que ningún pueblo los ha producido mayores en tan breve tiempo; y el que examina sus artes reconoce que poseyeron una originalidad que nadie ha sobrepujado.

La influencia de los Arabes, aunque muy grande ya en Occidente, fué todavía mucho mayor en Oriente; pues ninguna raza ha impreso su sello aquí de un modo igual. Los pueblos que antiguamente dominaron en el mundo, Asirios, Persas, Egipcios, Griegos y Romanos, han desaparecido entre el polvo de los siglos, sin dejar más que informes ruinas; y sus religiones, lenguas y artes no han quedado sino como recuerdos; pero aunque los Arabes, á su vez, hayan desaparecido también, los ei-

(1) *El hombre y las sociedades: sus orígenes é historia.*

mentos más esenciales de su civilización, la religión, la lengua, las artes, todavía viven; y desde Marruecos hasta la India más de cien millones de hombres siguen las instituciones del Profeta.

Si varios conquistadores han derribado á los Arabes, ninguno ha pensado en reemplazar la civilización que éstos crearon, sino que por el contrario todos han abrazado su religión, han adoptado sus artes y la mayor parte hablan hoy su lengua. Dondequiera que se haya establecido la ley del Profeta, parece haberlo sido para siempre. Esa ley ha hecho retroceder en la India á ciertas religiones que databan de muchos siglos; esa ley ha convertido en árabe á aquel antiguo Egipto de los Faraones, en el cual tan corta influencia lograron tener Persas, Griegos y Romanos; y aunque los pueblos de Persia, de Egipto y Africa han tenido otros señores que los discípulos de Mahoma, no han reconocido otra ley, desde que éstos les enseñaron la suya.

Maravillosa historia es la de ese alucinado ilustre, cuya voz sometió á aquel pueblo indócil, que ningún conquistador pudiera domar; en nombre del cual fueron derribados los más poderosos imperios, y que desde el fondo de la tumba retiene aún bajo su ley á millones de seres.

La ciencia moderna llama enajenados á esos grandes fundadores de religiones é imperios; y en el concepto de la verdad abstracta tiene razón. Sin embargo, hay que venerarlos; porque encarnan el alma de una época y el genio de una raza, y generaciones en masa de antepasados desaparecidos hablan por sus bocas. Sin duda esos creadores de ideales no engendran más que fantasmas; pero esos terribles fantasmas nos han hecho tales como somos, y sin ellos ninguna civilización habría llegado á nacer. La historia no es otra cosa que la relación de los acontecimientos que el hombre ha llevado á cabo para crear este ó aquel ideal, para adorarlo, ó para destruirlo.

Un pueblo semi-bárbaro formó la civilización árabe, saliendo de los desiertos de Arabia, derribando el poder secular de los Persas, de los Griegos y de los Romanos, fundando un inmenso imperio que se extendió desde la India hasta España, y produciendo esas maravillosas obras cuyos restos nos sorprenden, admiran y asombran.

¿Qué factores dirigieron el nacimiento y desarrollo de esa civilización é imperio? ¿qué causas tuvieron su grandeza y decadencia? Demasiado baladíes son las razones alegadas por los historiadores para sujetarlas á un examen. Así que no cabe someter á mejor prueba un método analítico que aplicarlo á un pueblo tan especial.

El Occidente procede del Oriente, y por consiguiente en este mismo Oriente debe buscarse la clave de los acontecimientos pasados. En esta maravillosa tierra se han manifestado las artes, las lenguas y casi todas las grandes religiones. Y es que los hombres no son aquí lo que en otras partes: las ideas, los pensamientos y sentimientos son diferentes; y como hoy en día las transformaciones se verifican en esta tierra con mucha lentitud, al recorrerla, uno puede examinar toda la cadena de las edades. Por eso lo mismo los artistas que los sabios y los poetas se sentirán siempre movidos á contemplarla. ¡Cuántas veces sentado al pie de una palmera ó del pilón de algún templo me he enajenado en largas divagaciones, llenas de claras visiones de las edades que fueron! Uno se queda ligeramente adormecido; y por entre un fondo luminoso se le aparecen luego ciudades extrañas, cuyas torres almenadas, cuyos palacios fantásticos, y cuyos templos y minaretes centellean bajo un sol dorado, recorridos por caravanas de nómadas, por multitud de asiáticos vestidos de colores brillantes, y por masas de esclavos de piel bronceada, y de mujeres veladas. Muertas están ya hoy en día esas grandes ciudades del pasado; Nínive, Damasco, Jerusalén, Atenas, Granada, Memfis y Tebas la de las cien puertas; los palacios del Asia y los templos de Egipto convertidos están en ruinas; y los dioses de Babilonia, de Siria, de Caldea y de las orillas del Nilo no existen sino en nuestras memorias. Pero ¡qué elocuencia en esas ruinas! ¡qué mundo de ideas en esos recuerdos! ¡cuántos secretos no se pueden pedir á todas esas razas diversas que se suceden desde las columnas de Hércules hasta las fértiles mesetas de la vieja Asia, y desde las verdes playas del mar Egeo hasta los abrasados arenales de Etiopía!

Muchas enseñanzas saca el hombre de esas lejanas comarcas; y no pocas creencias deja en ellas. Su estudio nos demuestra cuán grande es el abismo que á los hombres separa, y hasta qué punto son quiméricas nuestras ideas de civilización, y de fraternidad universal; como también hasta qué punto los principios y verdades que parecían más absolutos cambian al pasar de uno á otro país.

La historia de los Arabes contiene, pues, muchos problemas sin resolver, y más de una lección que recordar. Es este pueblo uno de los que mejor personifican á esas razas de Oriente que tanto se diferencian de las de Occidente. Europa las conoce todavía muy poco; á pesar de que conviene que sepa lo que son, porque se acerca el día en que sus destinos dependerán mucho de los de ellas.

Demasiado grande es hoy el contraste entre Oriente y Occidente para esperar que cada uno

haga aceptar nunca al otro sus ideas y modo de pensar. Nuestras viejas sociedades sufren transformaciones profundas; los rápidos progresos de las ciencias y de la industria han trastornado todas nuestras condiciones físicas y morales de existencia, originando un antagonismo violento en el cuerpo social, un malestar general que nos conduce de continuo á cambiar nuestras instituciones, para remedio de los males que aquellos mismos cambios engendran; y una falta de concordancia entre los sentimientos antiguos y las creencias modernas. Así vive hoy en día el Occidente. Familia, propiedad, religión, moral, creencias, todo cambia ó está á punto de cambiar. El análisis moderno pone en tela de juicio los principios de que hasta ahora viviéramos; y las masas se entusiasman ahora por algunas teorías sencillísimas, formadas particularmente de un total de negaciones radicales; sólo que todavía no entreven sus consecuencias. Nuevas divinidades han sustituido á las antiguas; y aunque la ciencia actual procura defenderlas, ¿quién sería capaz de afirmar que mañana continuará haciéndolo?

Diferente del todo es el espectáculo que el Oriente nos ofrece. En lugar de nuestras divisiones y de nuestra vida febril, vemos un cuadro de tranquilidad y descanso. Esos pueblos que componen por su número la parte más importante del género humano, han caído desde há mucho tiempo en aquella resignación tranquila que al menos es la imagen de la felicidad. Esas antiguas sociedades tienen una solidez que las nuestras han perdido; y las creencias que ya nosotros no guardamos, ellas aun las poseen; la familia, que entre nosotros tiende á separarse tanto, continúa allí con su estabilidad secular; y los principios que entre nosotros han perdido toda influencia, predominan como antes en aquellos puntos. Religión, familia, instituciones, autoridad de la tradición y de la costumbre—bases fundamentales de las sociedades antiguas, tan profundamente minadas en Occidente,—guardan todo su prestigio en Oriente, cuyos pueblos no tienen que pensar en el terrible problema de cambiarlos.

II

En otro libro nos hemos extendido suficientemente respecto á los métodos de investigación que nos parece debe aplicarse al estudio de los fenómenos históricos, y bastará ahora recordar los más esenciales.

La noción de causa, que prevalece actualmente en el estudio de los fenómenos científicos, prevalece también en el de los históricos, siendo aplicables á éstos los métodos de investigación usados para aquéllos.

Debe estudiarse un fenómeno social del mismo modo que se estudia cualquier fenómeno físico ó químico; pues sometido se halla á determinadas leyes, ó si se prefiere, á determinadas jerarquías de necesidades. Si el hombre se agita es porque ciertas fuerzas superiores le impulsan, llámeselas Naturaleza, Providencia, Destino ó Fatalidad: el nombre nada importa. Desde que nacemos hasta que morimos formamos parte de un encadenamiento de fuerzas benéficas ó perjudiciales, pero que siempre son irresistibles; y tenemos el deber de hacer todo lo humanamente posible á fin de llegar á conocer algunos caracteres de sus manifestaciones.

Cabe considerar la historia de la humanidad como una inmensa trama cuyas partes se hallan trabadas unas con otras, y cuyas primeras mallas datan de los tiempos más antiguos de nuestro planeta. Todo fenómeno histórico es invariablemente el resultado de una larga serie de fenómenos anteriores; y lo presente es hijo de lo pasado, y lleva en su seno el germen de lo futuro. Una inteligencia suficiente podría leer en los sucesos actuales la infinita sucesión de las cosas.

Bien es verdad que semejante inteligencia no aparecerá jamás; pues hasta en el caso de conocer todos los factores que han engendrado el presente, y las fuerzas respectivas de cada uno, nos sería absolutamente imposible someterlos al análisis. Si es superior al poder de la Astronomía determinar por cálculos la dirección que tomaría un cuerpo sometido tan sólo á la acción de otros tres, ¿cómo podría resolverse el problema, si se tratase de millares de cuerpos?

Todas las llamadas leyes que se cree puede sacarse del estudio de la historia no son otra cosa que la comprobación empírica de ciertos hechos, los cuales pueden compararse con las observaciones también empíricas de los estadísticos. Dado un millón de individuos de conocida edad, el estadístico puede vaticinar con certidumbre cuántos morirán en época determinada, y cuántos en otra; cuántos crímenes se cometerán, y qué clase de crímenes han de ser; pues la experiencia del pasado facilita esas predicciones. Pero sería del todo imposible remontar hasta las causas de los hechos observados, por ser demasiado numerosos los factores determinantes.

La imposibilidad de subir mucho en la escala de las causas que producen un fenómeno social, ha inspirado cierto desdén por las ciencias históricas á los sabios que han tratado de profundizarlas. Un escritor eminente como Mr. Renán las califica de «pequeñas ciencias conjeturales que se deshilvanan de continuo después de haberse hilvanado, y de las cuales nadie se